

Review / Reseña

Toro, Felipe. *Atlas. Un mapa literario del deporte (1888-1940)*. Santiago: Editorial Cuarto Propio, 2023. 208pp.

Daniela Buksdorf

Pontificia Universidad Católica de Chile

“Deporte, pasión de multitudes” reza el conocido dicho común. Porque en la actualidad las prácticas deportivas y su difusión tienen un alcance mundial, sólo hace falta un balón y un par de personas, o una calle despejada y ganas de correr para jugar y/o competir, y una televisión, una radio o conexión a internet para seguir a los ídolos deportivos. Pero, claro, las cosas no siempre fueron así, y Felipe Toro con su *Atlas. Un mapa literario del deporte (1888-1940)* nos lo recuerda. Si bien al conjugar con la palabra *Deporte*, los conceptos de *Literatura* y *Mapa* (también *Atlas*) nos podría remitir tal vez a una noción enciclopédica del deporte, el libro de Felipe Toro trasciende con virtud al formato académico. En este *Atlas*, cuyo título hace referencia al titán griego quien debe cargar el mundo en sus hombros, el autor se remonta al periodo modernista finisecular de la mano de Rubén Darío, Horacio Quiroga y de Enrique Larreta, y nos invita a un viaje por el tiempo (y el espacio) que tiene como destino final “Campeón finlandés”, un poema escrito por Gabriela Mistral en Niza durante los inicios de la Segunda Guerra Mundial. Como un alquimista, Felipe Toro combina la historia, la literatura y el deporte para entregarnos un ensayo novedoso, dinámico y entretenido.

La primera parte de este *Atlas* está dedicada a la lectura de Rubén Darío, principalmente a su crónica “Cerebro y carne” publicada en *La Prensa Libre* de Costa

Rica en 1891. Si bien este texto (que celebra la traducción al español de “la gimnasia y la literatura” de Emile Zola) opera como la base estructural del capítulo, Toro lo ilumina al hacerlo dialogar con otros escritos del nicaragüense—poemas y crónicas— así como con ciertos hechos históricos y propone a Darío sobre todo como un “gimnasta del estilo” quien, con una prosa literaria que trasciende la mera descripción; convierte el espectáculo deportivo en una experiencia lingüística.

En este sentido, Toro destaca una variable en la escritura del nicaragüense que no deja de llamar la atención: el uso de la palabra *sport* en inglés y la negativa del autor a utilizar la traducción del español *deporte*: “Yo, por mi parte, nunca diré deporte [...] porque esa palabra no quiere decir las fiestas de agilidad y concurso de fuerzas que, en nuestros días, dominan el aburrimiento de los desocupados de este mundo” (32). Más que un gusto personal o una “moda”, Toro traduce esta rebeldía como una estrategia de apertura al mundo, ya que la disciplina deportiva opera como una “estructura de mediación” entre el español y otros idiomas. Así, entonces, el deporte (y el relato deportivo) supera la barrera idiomática y las fronteras geográficas a través de la representación escrita del espectáculo deportivo.

Pero la propuesta de Toro abarca también un desplazamiento formal y temporal en los escritos de Darío, haciendo dialogar la crónica “Cerebro y carne” con el poema “Sonatina”, publicado dos años después de la crónica. En esta correspondencia, Toro destaca el tono entusiasta con que el nicaragüense en el texto periodístico propone el deporte como cura para la languidez femenina recitada en el poema. Mientras en el primero pone de manifiesto el culto al cuerpo atlético, en los versos hace referencia a la palidez de la princesa que, en lugar de practicar algún deporte, debe esperar por el rescate de su príncipe azul (parecido al príncipe “Bíceps” ensalzado en la crónica). Así, Toro explica la conexión entre crónica y poema: “La gimnasia, por lo pronto, nos permite imaginar una escena donde el Darío periodista contesta por anticipado la pregunta del Darío poeta (“¿qué tendrá la princesa?”), comunicándose de esta forma dos universos—en apariencia—dispares” (27).

El primer capítulo presenta una reflexión sobre la representación, a través de la escritura del espectáculo deportivo como ejercicio discursivo y lingüístico, en tanto disciplina retórica. Convierte al periodismo en una “gimnasia del estilo” y a Darío en un gimnasta de excelencia, generando así un vínculo moderno entre deporte y escritura que tiene como escenografía la sala de redacción.

La segunda parte de *Atlas* está dedicada a la lectura de *Artemis* (1896), “ficción atlética” del escritor argentino Enrique Larreta. Pero, antes de presentar su lectura, Toro

nos pone en contexto y entrega antecedentes claves del texto para seguir su propuesta. Y qué mejor que hacerlo desde la lectura de Rubén Darío, quien lee *Artemis* y lo tilda como “un precioso cuento de argumento antiguo” (65). El mismo Darío publicará la novela de Larreta en el número inaugural de *Mundial-Magazine* en 1911. Sin embargo, el ejercicio de lectura de Toro alcanza incluso los ribetes biográficos, ya que rescata las memorias de Larreta, *Tiempos iluminados*, publicada en 1939 y comparte algunas anécdotas rememoradas por el argentino, tales como el origen de *Artemis* (que evidentemente en esta reseña no será revelado) y las impresiones de su autor a la crítica que haga su compatriota Paul Groussac a esta atlética narración.

Y así, como un atleta, Toro da una vuelta y regresa al Darío lector de Larreta, posterior al éxito de *La gloria de don Ramiro* publicada en 1908 (novela que junto a *Pasión y muerte del cura Deusto* del chileno Augusto d’Halmar y *El embrujo de Sevilla* del uruguayo Carlos Reyles forman el “tríptico de Sevilla”, serie de tres novelas de autores latinoamericanos situadas en la ciudad española). Darío revisita *Artemis* y activa un juego especular en el que proyecta al propio Larreta en la divinal figura griega del joven (y atlético) Dryas, protagonista ilustre de *Artemis*. Con estas referencias, Toro propone, a partir de la noción de “pose” acuñada por Sylvia Molloy, la imagen del artista como atleta. En este sentido, cobra relevancia la recepción latinoamericana del poeta italiano Gabriel D’Annunzio, cuya “absoluta ausencia de pudor físico” (78), nos lleva a pensar en el artista como un exhibicionista o un provocador.

El tercer apartado de *Atlas* está dedicado al escritor uruguayo Horacio Quiroga, conocido y connotado narrador cuyo “Decálogo del perfecto cuentista” publicado inicialmente en 1927 nos remite principalmente a su faceta como autor de relatos breves. Sin embargo, Toro nos recuerda que el debut literario del uruguayo se remonta a 1897 bajo la forma periodística y no en el género del relato de ficción como pudiésemos esperar del autor del “Decálogo”. De hecho, en este viaje finisecular, Toro nos revela una fotografía de un joven Quiroga, de tan solo quince años, junto a su bicicleta en 1893 (111). ¡Menuda sorpresa la del Quiroga ciclista! No es coincidencia, entonces, que los primeros textos del uruguayo hagan referencia a su pasión de dos ruedas, y que sean el motivo de estos escritos: “nuestro escritor habría ingresado literalmente montado en bicicleta a la escena de la escritura, tomando la pluma casi como un pretexto para relatar sus hazañas deportivas” (110). Si Quiroga fue antes ciclista que escritor, como escritor tomó ventaja de su experiencia con la bicicleta para así ser uno de los precursores en publicar textos periodísticos y literarios sobre ciclismo.

Ahora bien, es importante indicar el valor simbólico de la bicicleta como objeto moderno a fines del siglo XIX. Porque, así como asociamos la imagen del tren a la modernidad, la bicicleta representa asimismo los avances modernistas. Pero mientras la locomotora debe ser alimentada por un combustible como el carbón, la bicicleta se nutre de la energía humana del ciclista que le otorga mediante su propia fuerza, velocidad y orientación. Bicicleta y humano se compenetran y amalgaman en un aparato moderno y deportivo que exalta la figura del ciclista; es su propio esfuerzo, dominio y técnica lo que le ha permitido desplazarse de un lugar a otro, convirtiéndolo en el guía de su destino.

En el tercer capítulo, Toro rescata también los seudónimos con los que Quiroga firma sus textos deportivos—uno de estos es “Dos ciclistas” y el segundo es “Spahi”, que hace referencia a *Le roman d'un spahi* (1881) del autor francés Pierre Loti. Es precisamente en función del Spahi de Loti que Toro entreteteje la escritura sobre ruedas de Quiroga. Si bien la figura del Spahi corresponde al jinete árabe colonizado al servicio de la conquista francesa (115-6), Toro proyecta el viaje colonial de Loti con la ruta del ciclista moderno de Quiroga y propone una conexión entre el viaje colonizador por el continente africano y su paso por el Sahara con la ruta del ciclista de Salto a Paysandú (117) realizada por Quiroga y que es representada en la primera crónica del uruguayo. En este apartado, Felipe Toro nos presenta a un Quiroga ciclista, cronista y cuentista y se pregunta: “¿dónde termina el cuerpo y comienza la escritura?” (109).

Para el último capítulo de este *Atlas* Felipe Toro deja de lado el modernismo para realizar un salto temporal a la Segunda Guerra Mundial, puntualmente a 1940. Audaz maniobra la de nuestro autor, cuya osadía entusiasma, ya que este apartado es el único dedicado a una mujer, a Gabriela Mistral y su poema “Campeón finlandés” con el que la intelectual chilena manifiesta su rechazo a la ocupación soviética de Finlandia tras más de cuatro meses de combate. Como “poesía de emergencia” tilda Felipe Toro estos versos, y nos presenta a una Mistral opinante de la contingencia mundial. Porque la poesía no es una forma exclusiva de contenidos amorosos y/o sentimentales, sino que es también manifestación de crítica y descontento. Por eso, este poema político-deportivo llama tanto la atención: de hecho, Felipe Toro lo considera “una excepción a la regla” (146) dado el cruce entre poesía y atletismo, y es también excepcional dentro del corpus de estudio establecido por el académico, dado que Gabriela Mistral es la única mujer incorporada en este ensayo, y presenta una distancia temporal considerable en relación con sus compañeros estudiados.

La jugada de Mistral con su “Campeón finlandés” es impecable: reconstruye el asombro y fascinación modernista del deporte (que leímos en Darío, Larreta y Quiroga), pero en lugar de enaltecer la práctica deportiva acusa la invasión extranjera. En este apartado, Toro hace convivir esta poesía política con una serie de escritos de la intelectual chilena: la lectura de cartas, borradores y recados robustece la figura de Mistral como una agente activa e independiente que hace sentir su voz (desde la letra) en los círculos culturales, sociales y políticos europeos, latinoamericanos y chilenos. Vale la pena preguntarse entonces, ¿puede “Campeón finlandés” obedecer a un texto de propaganda? Por supuesto que Felipe Toro nos responde esa pregunta, y nos invita a reflexionar sobre la función política del deporte, en cuanto eje aglutinador de una nación; un cuerpo atlético que representa a un país, y un país que en su conjunto apoya y se siente identificado con este cuerpo perfecto cubierto con la bandera patria.

La lectura que nos propone Felipe Toro es profunda y comprende múltiples esferas de la obra mistraliana: a través del rescate del ensayo “El ritmo de Chile” publicado en el diario nacional *El Mercurio* en 1936, proyecta “Campeón finlandés” como una reescritura de dicho ensayo en forma de poema y establece una conexión desde la noción de “ritmo” del ensayo ya mencionado con el poema “Niño mexicano” publicado por Mistral en 1924. Pero este recorrido, formal y temporal alcanza incluso el *stadium* del atleta, ya que el protagonista de “Campeón finlandés” es identificado por Toro como Paavo Nurmi, estrella deportiva que “representaba al atleta moderno por excelencia” (161) y que es el primer deportista en portar un reloj para cronometrar sus prácticas. Un atleta excepcional para un poema excepcional.

Antes de concluir la lectura de *Atlas. Un mapa literario del deporte (1888-1940)* es importante destacar la rigurosidad del trabajo realizado por Felipe Toro, quien no solo nos presenta vastas y novedosas propuestas de lectura, sino que también nos entrega una serie de datos y anécdotas que maneja a la perfección gracias a su cuidadoso trabajo con una cuantiosa serie de fuentes, cuya diversidad nos hace imaginar al autor como un gimnasta que gira y salta entre estas, con una desenvoltura exquisita que podemos disfrutar gracias a su ágil escritura. Este *Atlas* presenta en su portada una fotografía de Fred Winters, levantador de pesas estadounidense, cuya figura de abdomen abultado que se aleja del imaginario atlético escultural ya nos presagia una lectura enjundiosa, dinámica y perfectamente documentada. Este *Atlas* entonces se convierte no solo en un libro para especialistas en el deporte y/o la literatura, sino en un referente sobre la experiencia moderna latinoamericana.